

Issa y el Diablo

Alberto Dallal

Durante los intermedios y entre función y función, los camerinos de las primeras tiples suelen permanecer atestados. Gente va y viene, tratando de controlar los elementos de la escena, de la obra, del *show*: vestuario, sombreros, bastones. Las estrellas suelen cambiarse varias veces de ropa, en una sola función, y los ayudantes, vestidores, utileros, etcétera, se desviven por hacer las cosas bien: nada debe faltar, nada sobrar. Para eso son, como las mismas tiples, profesionales.

El ambiente de la farándula da para novelas enteras. Nadie sabe por qué los escritores de ficción mexicanos muy pocas veces han vuelto los ojos para recrear el mundo del teatro, toda vez que el mexicano, a lo largo de cinco siglos, tiene mucha tela de donde cortar, mucha bastilla qué recoger. Tal vez porque ni siquiera en forma novelada la vida de las estrellas —hombres y mujeres— pudiera ser contada. Todo se debe a ese pudor tan característico del mexicano. Los acontecimientos vienen a delatarse muy, muy tardíamente y jamás en forma documental o historiada. Hay memorias de políticos amargados, archivos de dirigentes sindicales, pero muy pocos libros biográficos. Y parece ser que lo que interesara al público —y a los mismos escritores— fueran las ideas, los conceptos, las vagas proposiciones teóricas. El chisme, el detalle jugoso, la descripción pormenorizada e íntima, la mofa, los trapitos al sol sólo brotan mediante disfraces o bien en las conversaciones —de cantina, de sobremesa, familiares o de amigos—: las palabras se las lleva el viento. El género biográfico, en México, es poco frecuentado. Por lo menos durante los años que dura en el poder el bloque o sistema posrevolucionario. Pero la vida de la farándula, insistimos, es pintoresca, edificante, muy apropiada para sabrosas secuencias literarias; narraciones que llenarían libros y pantallas y lapsos enteros. . . si algún escritor les hincara el diente como debe ser. Basta echarle una ojeada a las revistas y las secciones “farandulescas” de los veintes, treintas y cuarentas para darse cuenta de la algarabía, la intensidad artística, el desnudo teatral y musical que empeñaban en voz, cuerpo y alma los actores y actrices, bailarines y coristas, tiples y cantantes de la época. Atractivo Edén que se convertía —por aquellos años— en el tema de sus propios desaguizados y sus propios logros.

Espacios atractivos, de una apabullante firmeza profesional, eran pues, los camerinos del Colón, el Principal, el Lírico. Todavía a medio vestir y a medio pintar la tiple tiene que comer apresuradamente la torta o el taco, beber café con leche del termo —llevado ex profeso por la criada diligente—, ponerse bien la raya de las medias, retocarse con el tubo de *lipstik*. Algunas hacen ejercicios corporales en los pasillos, entre

las escenografías, porque el lugar es húmedo y —no obstante que el clima de la ciudad de México resulta benigno aun en invierno— los músculos suelen engarrotarse, quedar estirados.

La función acaba de terminar y mientras se acerca el momento de subir el telón de nueva cuenta —esa noche hay dos funciones—, Issa Marcué se sienta, exhausta, en una pequeña silla, frente al espejo, se arregla las pestañas postizas, pide un suéter para echarse sobre los hombros desnudos y se repinta la raya de los ojos. Espera —repasando una que otra frase mentalmente— la llegada de Roberto Núñez y Domínguez, excelente y conocido periodista “de la fuente” de los espectáculos, famoso por sus adjetivadas crónicas y sus ágiles entrevistas. Este periodista es hábil halagador de tiples, bailarinas, estrellas y actrices y conspicuo admirador de la mujer del “medio” artístico. Su personalidad aun encumbra, persevera y repite la del periodista inquieto y firme del siglo XIX mexicano. Núñez y Domínguez da a conocer, semana tras semana, textos alusivos en *Revista de Revistas*, publicación que todo el mundo busca porque le ofrece al público todo tipo de productos y textos, de chile, de dulce y de manteca. . . El entrevistador se hace esperar, no obstante que es famoso por no perderse funciones y citas. Por algo es conocido su seudónimo: Roberto “El Diablo”.

Al fin aparece, grueso él, ante la estrecha puerta. Issa exclama, alborozada, ¡al fin! y una sonrisa de satisfacción queda prendida de su boca. Parsimonioso, Roberto entra, le besa la mejilla a la tiple, se sienta, murmurando elogios y saludos. Después, también con lentitud —al mismo tiempo que Issa le ordena a la criada que espere afuera—, saca su libretita de apuntes, el lapicero y mira con profundo respeto a la cantante-bailarina. Se hace un corto silencio y el entrevistador piensa:

Es la única de nuestras danzarinas que no sólo ha saboreado el aplauso de sus compatriotas. . . Dejándose llevar de su espíritu inquieto y amante de la atracción aventurera de los viajes, se ha lanzado a recorrer el mundo y lo mismo en París que en Buenos Aires, ha escuchado la música embrujadora de las ovaciones. Ahora, precisamente, está haciendo ya el equipaje para cruzar de nueva cuenta el Atlántico, llevando como siempre, a flor de labios, su sonrisa luminosa de juventud.

Una corriente de cordialidad surge de una a otra mirada y electriza el ambiente. Ambos personajes son muy profesionales en sus respectivos campos y acaece entre ellos una sin-

cera amistad fundada en el reconocimiento mutuo. No siempre sucede así. Hay tipos y estrellas que tienen sus periodistas preferidos, "a ciegas", según las traten con exagerada deferencia o no; hay periodistas que se han echado a cuestras la insalvable antipatía de alguna farandulera porque se atrevieron a hacer una sesuda, razonada crítica de su actuación. Pero en el caso de Issa y Roberto existe una mesurada relación que no ha caído en las adulaciones gratuitas ni tampoco en los ataques arteros. Ninguno da pie para esas cosas. Tras una pausa que llena el ambiente de seriedad, "El Diablo" lanza la primera pregunta:

—¿Con que otra vez a Europa, Issa?

—Sí. Estaba actuando en San Antonio, Texas, cuando recibí un cable de mi hermana Celia, en que me dice que embarque cuanto antes para ir a trabajar junto con ella en el Teatro de la Zarzuela de Madrid. Y, en vista de eso, tuve que interrumpir mi tourné y regresar aquí para hacer una breve temporada en este teatro y los preparativos del viaje.

—¿Cuánto tiempo duró esta jira de ahora?

—Cinco meses. Y es la primera que he realizado con un cuadro que lleva mi nombre, pues antes siempre anduve contratada. A pesar de lo malo que está hoy el negocio teatral, no me quejo de éste mi inicial ensayo de empresaria.

Sí, las buenas siempre forman su propia compañía. Y llegan incluso hasta comprar instalaciones teatrales. Esperanza Iris, la Fábregas. Es una eficaz manera de ganarle tiempo al tiempo, toda vez que los empresarios, en general, sólo buscan sus ganancias y, también en general, no tienen ningún tipo de anhelos ni conocimientos artísticos. Muy pocos como Diaghilev, que se desviven por abrir brecha artísticamente, por descubrir talentos —recordemos a Nijinsky, a pesar de la felpa que le puso—, que creen en las vanguardias del espectáculo, no sólo en la lana. El convertirse en una hábil empresaria era, sin duda, la mejor salida de las féminas para no ser explotadas —en todos sentidos—. . . Pero el entrevistador no cesa en su empeño de que Issa desembuche, en pocas palabras, lo que ha vivido y lo que trae en mente, ya que aquello que hace en México puede verse desde la butaca. Sin carraspear —como hacen los hábiles periodistas para imprimir solemnidad a sus inquisiciones—, pregunta "El Diablo":

—¿Y cómo vio Yanquilandia?

—La crisis se siente mucho más allá que aquí, sobre todo ahora que con motivo de la campaña del presidente Roosevelt con la famosa Águila Azul todos los precios en el comercio han sido aumentados.

—¿Está satisfecha de este nuevo contrato ultramarino?

—Ya lo creo, pues el ambiente de aquí ve usted que no puede ser peor y, además, me parece que no tiene perspectivas de mejorar. El público está hastiado de ver los mismos artistas año tras año, por eso es conveniente emigrar. . .

Bueno, en este punto le exagera Issa Marcué. Sí: en general los artistas de las tandas, de la farándula musical-bailable, de la zarzuela se repiten, como personas, pero no dejan de darle sabor al caldo mediante nuevas obras, sketches, rutinas, cuadros, pantomimas, chistes, malabares, canciones, disfraces. El público quiere mucho a sus estrellas. Los aplauden



y los siguen, los elogian y apapachan en los teatros, escenarios y carpas —durante las funciones— o en los comentarios, pláticas, discusiones en el café, la cantina, el hogar. El mexicano es de lo más sentimental y sensitivo: si alguno o alguna le llega al corazón, ya la hizo. Ni hablar. Va por lo menos una vez por semana a ovacionar a su preferido o preferida y a veces hasta más noches cada semana. Lo que pasa es, pues, que hay gente y gente. Volvemos a referirnos a los empresarios: sólo buscan la ganancia fácil sin pensar en el apreciable público, sin darle imágenes y montajes que eleven su capacidad de discernimiento teatral, de diversión, alborozo y cultura: sin ofrecer novedades de calidad. Todo el trabajo recae, siempre, en los artistas teatrales, en realidad los verdaderos héroes de toda esta trama musical y escénica.

—¿Qué clase de bailes están de moda en Estados Unidos?

—Los estilizados con ritmos afrocubanos. Casi todos se resuelven en movimientos de rumba o danzón, pero muy interesantes por su modernidad. Yo puse algunos y esa novedad llevó al público madrileño.

—¿No ha trabajado usted en España?

—No, he estado sólo de turista y me gusta mucho su ambiente teatral.

—Pues que obtengan usted y Celia muchos éxitos. . .

Roberto "El Diablo" se levantó, presuroso, porque ya se oían muchos pasos por el pasillo, detrás de la puerta. Hasta pensó

que había oído el discreto rasguído de los toquidos de la vestidora de Issa. La artista también se levantó, arreglándose el suéter que se le caía de sobre los hombros, y con la mejor de las sonrisas le espetó un beso en el cachete a “El Diablo”, cuchicheándole en el oído: ¡*Au revoir!* Roberto salió, guardándose su libreta en el bolsillo y, a unos pasos de la puerta, se limpio el *lipstick* dejado por la boca de Issa. Su mujer siempre le reclamaba, exageradamente, la liviandad de esos “ambientes”. Por el camino a casa repasó sus recuerdos acerca de Issa Marcué; en su mente comenzaron a surgir las imágenes de esa mujer delgada, lo suficientemente guapa como para no perder la compostura pero dueña de un cuerpo excepcionalmente apto para la danza: estrecha de caderas —y aun así redondas—, piernas más o menos largas, ligera, cuello versátil, elástico. El ejercicio de Roberto “El Diablo”, en esos momentos transeúnte nocturno, consistía en propiciar invocaciones que, *mutatis mutandis*, conformarían las partes esenciales de su texto, completándose éste con los apuntes grabateados en el camerino de Issa.

A pesar de su fragante juventud, esta grácil danzarina pertenece a lo que pudiéramos llamar el pie veterano de nuestras sacerdotisas del ritmo. Cuando, después de la visita del Ba-Ta-Clán parisino, el género revisteril criollo se encauzó por los modernos senderos de la más atrayente frivolidad, surgió su nombre en los carteles y su silueta primaveral en el tablado. Y como por medio del lenguaje ondulante de su cuerpo traía un mensaje para el público, apenas lo comunicó a los espectadores quedó establecida entre ellos y la artista esa comunión espiritual que sólo lo gran los que poseen auténtica personalidad. . .

La calle estaba húmeda y había poca gente en las aceras. La ciudad de México no tiene paseadores ni curiosos ni vagos cuando hace un poco de frío. Todo el mundo se mete en su casa temprano. Roberto pensó —la experiencia lo hacía adivinar— que Issa, para su segunda función, había tenido pocos admiradores. Recordó a la bailarina actuando por primera vez.

Fue la pasarela rataplanera el cascabel propicio de su ascensión escénica. Para rendir la admiración de los tandófilos le bastó exhibir su cuerpo de canéfora, palpitante de eurítmicos perfiles, al girar en los arabescos de sus bailes. Y como Terpsícore parece haberle confiado todos sus secretos, cual si hubiese sido una de sus hadas madrinas, el aplauso acogió entusiasta y unánime su aparición en el teatro y desde entonces la sigue con sumisión canina.

La recordó alegre, siempre sobresaltada, alerta, en *parties*, estrenos y *cocktails* (comenzaban a estar de moda). Issa tenía una cualidad muy contrastada: voz ronca en las conversaciones serias, cuando hablaba de “arte”; atractiva y ligera, un poco silbante y alta, cuando se ponía frívola. El cronista recordó una de estas pláticas superficiales, durante una reunión, en la que ella había pasado de la gracia a la gravedad al hablar de sus estudios en una academia de danza. Tal vez era este recuerdo el que más impresionaba a Roberto “El Diablo”: una cantante y bailarina que empieza “desde abajo”, desde el esfuerzo mayor: el estudio y la preparación. Así lo pondría en su texto:



Mas no se crea que todo lo obtuvo por su natural intuición, ya que desde temprana edad se sometió al aprendizaje más severo, para poder conocer todos los recursos del arte de la danza. Gracias a esa disciplina académica a que se sujetó, logró destacarse desde sus comienzos y conquistar al fin el ambicionado triunfo, consagrándose como una de nuestras más rútilas estrellas coreográficas. De ahí que sus alados pies lo mismo sepan tejer los ritmos de un minué, que bordar la tricolor cadencia del *jarabe tapatío*. Pero, sin duda, que donde su ebúrneo cuerpo, de un androgynismo que tentaría al Señor de Phocas, alcanza sus más bellos escorzos, es cuando vibra al estridente son de los bailes modernos. . . * ◇

* Roberto “El Diablo”: *Cincuenta close-ups*, Ediciones botas, México, 1935, 260 pp. En relación con el libro de Roberto Núñez y Domínguez del cual se extraen las citas, Antonio Acevedo Escobedo comentó: “Entre los antecedentes de. . . *Cincuenta close-ups* apenas recordamos dos libros: el que publicó hace como tres lustros el escritor español Eusebio Blasco y el titulado *Hombres-Mujeres*, del agudo Orteguita, aparecido nueve años atrás. Alejandro Núñez Alonso hace tiempo llevó a cabo buen número de entrevistas con nuestros hombres de letras, pero no las ha reunido. . . Estos *Cincuenta close-ups*, en los que Roberto ‘El Diablo’ proyecta al propio antojo su activa lupa verbal, tienen, además del interés biográfico y la amenidad literaria, el valioso complemento del dato fisonómico pues se inserta una fotografía de cada personaje.” *Revista de Revistas*, 20 de enero de 1935.